



“Miguel Ángel, maestro de Fe”

ANTONIO CARPENA LÓPEZ

Sacerdote

Hace pocos días que Don Miguel Ángel pasó a la casa del Padre y me vienen a la cabeza muchos momentos junto a él que han marcado mi vida y por los que tengo que dar gracias a Dios por haber regalado a la Iglesia un sacerdote de tal calado.

Miguel Ángel siempre ha sido un padre para mí, ha sido un maestro de sacerdotes y de vida interior de tantos sacerdotes de nuestro presbiterio de Cartagena y otros presbiterios vecinos, dejando una huella imborrable. Bueno, más que un padre yo siempre le he dicho que él es como mi abuelo. Abuelo porque él fue el que dirigió espiritualmente y acompañó al que a su vez el Señor se sirvió de instrumento para que yo entrara al seminario, y ese fue el padre José Antonio Rodríguez García.

Me acuerdo de una peregrinación que hicimos a Taizé en el año 2002, yo estaba en el grupo de Confirmación de la parroquia de San Pablo de Murcia, y él nos acompañó junto al padre José Antonio. Fue una experiencia de Fe preciosa, ver al Padre Miguel Ángel como un joven más compartiendo todo con nosotros, incluso tienda de campaña, con lo incomodo que sería para un sacerdote ya entrado en años. Durante esa peregrinación hubo muchos momentos en los que pudimos hablar y dialogar sobre la vocación, esa vocación que empezaba a despertarse en mí y que con mucho tacto el padre Miguel Ángel me ayudó a dar el paso de entrar al seminario.

Ya en el seminario no fueron pocas las oportunidades que tuvimos para seguir dialogando sobre la llamada del Señor. De Miguel Ángel tengo que

destacar su Amor a María, a la Virgen de la Fuensanta, cuantas romerías tanto de subida como de bajada habremos compartido juntos viendo su rostro brillar ante la cara morena de la Madre de todos los murcianos, y cuantas horas pasaría delante de su camarín sabiendo con certeza como dice el himno a la Virgen de la Fuensanta “que oración que sube al cielo pasa por tu camarín”. Don Miguel Ángel fue eminentemente un santo sacerdote mariano que inculcó esta santa y necesaria devoción a todos los que estaban con él. Y un gran devoto del Santo Rosario hasta el último día de su muerte, como sentía la presencia de María cercana y reconfortante, una relación de Madre e hijo.

Fue también un gran catequeta y maestro de catequistas, yo tuve la suerte de colaborar con él en la última publicación de los manuales de catequesis de nuestra diócesis “Jesús es el Señor”, de los niños de primera comunión y un gran profesor del seminario con un celo sobrenatural en mostrar a Jesús, su amor más grande, a todos los que tenía delante. Todavía recuerdo cuando le pedí que me predicara en mi primera Misa, una gran disertación sobre la llamada y la figura de San Juan Pablo II que tanto marcó mi vida de adolescente. Siempre fue Miguel Ángel un Apóstol con un afán de servicio increíble; nunca daba un no por respuesta cuando se le solicitaba para dar una charla, una predicación de una novena, sustituirme en la parroquia o una ayuda a la hora de preparar un cierto tema. Siempre la mano tendida. Recuerdo además con mucho cariño la narración que hacíamos de vez en cuando para la televisión de la audiencia del Papa de los miércoles.

Como decía nuestro obispo Don José Manuel el día del funeral de Don Miguel Ángel en la Catedral de Murcia, su mejor catequesis fue sin mediar palabra alguna, llevando la enfermedad con un total abandono a la voluntad de Dios y ofreciendo su enfermedad por el bien de la Iglesia. Supo llevar con dignidad y fortaleza la cruz, sabiendo que Jesús le acompañaba como fiel cirineo, viendo la mano de Dios en todos los acontecimientos de la vida sin rebelarse, creyendo y viviendo lo que él tantas veces había predicado con anterioridad, que la cruz esta habitada y que es la puerta que nos lleva al cielo.

Tuve la suerte de visitar varias veces a Don Miguel Ángel en su enfermedad, tanto en el hospital como en su casa, siempre con una sonrisa. Para mí fue un regalo poder visitarlo unos días antes de su partida a la casa del Padre en el hospital y poder darle la absolución general, administrarle la Unción de los enfermos y la indulgencia plenaria, a la vez que le pedí que me oyera por ultima vez en confesión y me diera la absolución, aunque no podía mediar palabra alguna. Qué gran testimonio ha sido la vida de Don Miguel Ángel, en sus momentos de bienestar y en los momentos de dolor; un testimonio de vida impresionante, de que toda vida es digna de ser vivida; y qué bien ha podido hacer desde su particular calvario a todos los que lo conocíamos.

Qué gran huella y qué gran testimonio para los nuevos sacerdotes ha dejado Miguel Ángel, que ya goza del cielo junto a sus padres y hermano que le precedieron, con Don Francisco Lerma y a su querido maestro de vida espiritual Don Dámaso Eslava. Deja una gran escuela en todos aquellos en los que su vida ha dejado una huella imborrable de fidelidad y entrega a Dios. Solo te pido una cosa Miguel Ángel, ruega a Dios por los que quedamos todavía en este valle de lagrimas para que un día podamos celebrar las bodas del Cordero y cantar todos juntos en el cielo con los ángeles la santidad de Dios.